

## LA NUEVA ERA O EL HIPPISTO POSTMODERNO<sup>1</sup>

Por: ANA MILENA PUERTA

Soledad, ansiedad, miedo, opresión, vanidad, son algunos de los estados de ánimo que transitan por las ciudades. La respuesta, oleadas de esencias, velas, frases, colores, piedras o pinturas. ¿Mística o escapismo?

Cómo “solucionática” de la vanidad y el miedo (los nuevos pecados), como panacea de la generación light y workohólica, como modo ideal de vida para los aculturizados seres de fin de siglo, como remedio citadino contra el aburrimiento y la ausencia de dioses, llega la nueva era con su pálida música, sus cuarzos, velas, esencias, olores y flores que supuestamente nos responden, visualizan, centran y armonizan dentro de este mundo.

¡Y comienza la fiesta! ¿Aburrimiento? Tome genciana. ¿Mucha tristeza? No hay como tres gotas de la estrella de belén cada dos horas. ¿Inquietudes? Pues péguese de la pasiflora. Eso sí, todo rodeado de velas blancas que neutralicen las energías, de incienso de sándalo para que vuele el espíritu y de un cuarzo rosado para que lo visite el amor.

Me pregunto: ¿Qué es todo esto? Está bien que los colores y los sabores nos diviertan, pero que lleguemos al convencimiento de que esta “nueva teoría” remplace el análisis filosófico vital y el conocimiento intuitivo que cada uno posee, no son más que indicios de la profunda carencia de dioses, de valores y de filosofía en nuestras muy agitadas y poco profundas vidas.

Este hippismo postmoderno se corresponde perfectamente con el habitante de la ciudad actual: solo, lleno de ocupaciones, presionado, con deseos de triunfar no importa en qué, ansioso, competitivo, seguidor de modas, tendencias y estilos que den testimonio de alguna identidad fascinante, miedoso (sobre todo de sí mismo), consumista, con poco conocimiento y mucha información. Entonces llega el solucionador de la angustia, el remedio chusco para los males light.

Antiguamente los gatos eran utilizados para probar los alimentos de los emperadores por su gran instinto de conservación, ya que son incapaces de ingerir algo descompuesto o venenoso. No se conoce todavía de ningún felino que haya precisado el uso de un cuarzo blanco o verde para agudizar su instinto. Todo parece indicar que los únicos empeñados en utilizar muletas para su propio conocimiento son los seres humanos.

---

<sup>1</sup> Puerta, Ana Milena. “La nueva era o el hippismo postmoderno”, Magazín Dominical No 788, El Espectador, Abril 12, 1998, p. 4 – 5.

Y entonces surgen las leyendas y la ilusión: muchas personas esperaron ansiosas el eclipse, confiadas en un vuelco total de sus exigencias merced a la observación del movimiento astral. Y pasado el acontecimiento “reavivarán” el cambio con las consabidas herramientas de la nueva era, ilusamente guarecidas en los poderes sobrenaturales y externos que variarán el curso de sus devenires.

Este nuevo hipismo postmoderno delata el peligro de retomar conocimientos culturales ajenos y volcarlos en nuestra débil y poco identificada sociedad, pero sin su peso específico. Es decir, carentes de soportes estructurales, científicos y culturales que los argumenten y validen, como seguramente sí sucede en las culturas de las que son originarios.

No podemos, por mucho que lo deseemos, convertirnos en budistas, en hombres zen, en hare-Krisnas o en cualquier otra cosa diferente a nuestra propia identidad cultural, a aquello que nos nombra y define, a lo que somos.

Es triste nuestro deseo de ser otros, cualquier otro, menos este ser nacional y cultural que no acrecentamos ni incentivamos y que cada día se muere en nuestro imaginario, apabullado por nuestra realidad prestada, por nuestra creencia nueva, por nuestra moda de vida.

“Todo lo del pobre es prestado”, reza un dicho paísa. Y nuestra cultura al parecer evidencia esta pobreza que mendiga conocimientos foráneos y, además, los hace suyos con tanto entusiasmo que bien pareciera que hemos estado durante milenios observando la llama de las velas, percibiendo el olor de los inciensos, consultando las urnas, utilizando las piedras, tomando aguas de flores y pintando la casa según nuestro ánimo del día.

Sí. La moda del hipismo postmoderno es tan aburrida como el atiborramiento de pizzerías que padecen nuestras grandes capitales y que llevaría a pensar, a cualquier turista desprevenido, que hemos sido pizzeros desde la época de la colonia y que nuestros alimentos básicos son el trigo, el queso y el prosciutto. Y claro, seríamos felices dejando al turista en el engaño, pues eso nos salvaría de ser lo que somos.

Y lo peor no sería nuestra inaceptada condición cultural, sino la ingenuidad con la que retomamos otras: sin su fuerza, sin la intensidad cultural que poseen, sino solamente con la debilidad de quien necesita una moda, una verdad que lo incluya; con la palidez de quien evita las crisis a costa de valeriana y con la ignorancia de quien, por carente, acepta como verdad cualquier buena energía que lo libere de pensarse a sí mismo.